

Mensaje del Rector de la Unphu Dr.  
Jaime A. Viñas Román, en la  
Reunión Aniversario del acto en el  
cual se hizo la decisión de fundar la  
Universidad.

A pesar de que mis responsabilidades al frente de la Rectoría de la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña requerirán mi presencia lejos de nuestras playas en la fecha inolvidable que marcará un aniversario más de aquella reunión trascendental en el Roof Garden de la Cervecería Nacional que para todos nosotros abrió la gran aventura de la UNPHU, no me sería posible dejar pasar la ocasión sin hacerme presente en alguna forma.

Recordar es siempre un quehacer estimulante cuando las memorias son felices. Nuestras remembranzas de ese día en el cual estaré con todos ustedes desde la distancia que me impone mi obligación, son especialmente estimulantes para nosotros, por estar matizadas de todos los tonos emocionales, significados por la variedad de momentos e incidentes que nos llevaron a aquella decisión que cambió, no sólo nuestras vidas, sino también el panorama educativo de la República Dominicana. Horas de indescriptible exaltación se entrelazaron con las del más tenso batallar ante circunstancias nada fáciles. Pero, cuando esa trama se observa desde la perspectiva ventajosa de dieciocho años de distancia, ninguno de nosotros negaría que se enorgullece y se regocija de haber estado involucrado en la empresa.

La Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, hoy en franco crecimiento y convertida en una de las instituciones

nacionales de mayor prestigio tanto en nuestro país como en el exterior, se levanta sobre la base de la dedicación y la entrega incondicional de quienes un buen día se decidieron lanzarse a lo que entonces era el vacío de lo inseguro y desconocido, armados de una idea sustentada por valores a los cuales no podían ni querían renunciar. De ese grupo osado de aquel día de marzo de 1966 todavía quedamos un buen número, y justo es que nos encontremos para recordar, evaluar y, ¿por qué no?, continuar soñando grandes respuestas a los grandes retos que nunca nos faltan.

En la reunión de este año, y precisamente en mi calidad de Rector de la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, quiero hacer explícito el reconocimiento de nuestra institución a Don Tito Mella, por todo lo que él ha significado durante la trayectoria de la UNPHU, desde su mismo nacimiento. El generoso apoyo que en todo momento ha ofrecido a la institución ha sido un factor importantísimo para su crecimiento actual. Siempre pensamos que nuestro país tendría asegurado su destino de salvación, si más hombres como Don Tito Mella nos fueran dados para asegurarlo. Dispuesto siempre a ofrecer su colaboración a las obras de bien social, con una ayuda desinteresada que no es precisamente lo más común en nuestro mundo, sus recursos materiales y sus esfuerzos personales han sido para la UNPHU una de sus más preciadas riquezas. Si hoy la universidad ocupa un sitio de prestigio en la sociedad dominicana, tanto se debe a la dedicación de quienes entregan a ella su trabajo constante y eficiente, como a los que le ofrecen, como Don Tito, el incommensurable soporte de su colaboración en todos los niveles de que son capaces. Por esto, le debemos a Don Tito Mella una expresión de gratitud muy especial, y los dieciocho años de vida de la UNPHU son algo así como una cumbre muy apropiada para hacerla efectiva.

Cuando aquel día del 30 de marzo de 1966 nos reuníamos en el Roof Garden de la Cervecería Nacional a concretizar un propósito, el riesgo de lo novedoso e incierto se cernía sobre nuestro horizonte como sucede en las noches de tormenta. Hoy sabemos que la decisión y los sueños de quienes, además de

soñar, se deciden a trabajar tesoneramente para que lo soñado se torne en real, hacen los milagros. Por esa razón el encuentro de marzo de este año viene a ser también muy apropiado, y tal vez exclusivamente, para los que se atreven a trazarse objetivos difíciles. No se nos oculta que nuestro país vive un momento de marcados problemas, muchos compartidos con el resto de la humanidad y otros definitivamente nuestros. Es en tales épocas cuando los seres humanos se encuentran en la posición más propicia para la inmortalidad y la gloria, o para la mediocridad y el olvido. Creo que no soy demasiado optimista al creer que los que ya una vez escogimos la gloria del esfuerzo y la lucha no queremos desmentir aquella decisión de hace dieciocho años, sino que confiaremos en que la enorme responsabilidad de una hora tanto o más difícil que aquella nos hará crecer igualmente hasta sus dimensiones, para superarla.

Un aniversario de una experiencia íntima compartida es la mejor ocasión para renovar nuestra esperanza en las propias energías espirituales, en las que nuestra tarea conductora ha tratado de inspirar a las generaciones más jóvenes, y por encima de todo en la fortaleza de Dios que no nos abandonará mientras sigamos la dirección recta. Como en marzo de 1966, a los dieciocho años puedo todavía decir que "estamos solamente comenzando." Ninguno de los del grupo inicial ha dejado de tener, ni podrá dejar de tener nunca un papel muy importante que ejecutar en la vida y el crecimiento de la UNPHU. Habiendo sido nuestra mente depositaria original de la primera idea, nuestra sigue siendo la responsabilidad de mantenerla viva, más allá de nuestra cuota propia de años de vida personal consciente, a través de todos los que recibirán gradualmente el legado básico de nuestra institución.

El nuevo aniversario puede ser, sin duda alguna, noche serena y cordial de mutuas felicitaciones y augurios, amenizada por los mil veces repetidos y atesorados recuerdos entrañables de nuestra audaza aventura. Pero, más que nada, al acompañarles desde lejos desearé que constituya algo así como una pausa restauradora para un nuevo arranque hacia ese reto que nunca disminuye y siempre nos desafía: hacer de la

UNPHU, con las debidas adaptaciones a cada momento de su historia, una imagen dinámica del sueño que la creó, en respuesta verdaderamente útil a los dilemas reales de la sociedad que la sustenta.